la bateria Bernard, para hacer que el fuego de los mejicanos fuese más divergente, y mandé avanzar á los zuavos contra el pié de la altura, á fin de desviarles de los fuegos del fuerte.

»La disposicion del terreno no me permitió hacer una brecha practicable; no tenía además el material necesario para destruir la fortaleza de Guadalupe, y resolví intentar unataque á viva fuerza. Los zuavos, prontos á lanzarse, habian llegado al promedio: envié á buscar cuatro compañías de cazadores de infantería, previniéndolas que subiesen las pendientes á la izquierda de los zuavos, de modo que dividiesen las fuerzas del enemigo. Al mismo tiempo dispuse que el regimiento de infantería de marina, los fusileros marinos y la batería de montaña, apoyasen al primer batallon de zuavos que ocupaba la derecha, y tomé un batallon del 99 de línea para reemplazar como reserva, detrás de nuestras columnas de ataque, la infantería de marina y los fusileros marinos.

»Mientras se ejecutaban estos movimientos, una seccion de ingenieros partia con cada columna de ataque, llevando tablas provistas de escalones clavados y de sacos de pólvora, destinados á hacer volar la puerta del reducto. La artillería montada trataba en vano de abrirse camino para subir á la altura y acercarse al fuerte.

Dí la señal: los zuavos y los cazadores de infantería se lanzaron con la intrepidez inteligente, tradicional en estos dos cuerpos; hicieron lo que sólo las tropas francesas saben hacer: llegaron bajo un fuego terrible de artillería y fusilería, de bombas y granadas, hasta los fosos del fuerte; algunos lograron encaramarse sobre la muralla, donde fueron muertos, á escepcion del corneta Roblet, de cazadores de infantería, que se mantuvo alli por algun tiempo tocando á la carga. Pero el convento fortificado de Guadalupe, que se me habia descrito como una posicion de escasa importancia, estaba armado con diez cañones de á 24, sin contar los obuses de montaña colocados sobre la plataforma y en las torres: tres líneas de fuego de fusilería sobrepuestas, habian sido establecidas por medio de sacos de tierra dispuestos sobre los terrados; 2.000 hombres, mandados por el general Negrete, estaban

encerrados en el fuerte con una artillería bien

El primer batallon de zuavos, la infanteria de marina y los fusileros marinos, al efectuar el movimiento de avanzada, habian encontrado sobre su derecha el fuego de las baterías de Loreto, y entre este fuerte y Guadalupe, cinco batallones de infantería sobre tres líneas: cargados por la caballería mejicana, habian sido detenidos á cien metros del fuerte.

»Una tempestad tropical descargó por este tiempo sobre nosotros, que oscureció la atmósfera y humedeció el terreno, hasta el punto de que no se podia permanecer en pié en las cuestas que se acababan de subir; y vista la imposibilidad de sostener por más tiempo aquella lucha heróica y sangrienta, hice bajar á los batallones empeñados, aprovechando las quebraduras del terreno, y los detuve al pié de la colina, resolviendo despues retirarme, como medida prudente, sobre Orizaba.

«Tal era,—continúa el general Lorencez, mi situacion delante de Puebla; la poblacion más hostil á Juarez, al decir de las personas en cuva opinion debia tener fé y que me aseguraban formalmente, en vista de las noticias que tenian disposicion de adquirir, que yo sería recibido allí con júbilo, y que mis soldados entrarian cubiertos de flores.»

Se os habin epc.IV cien voces, que

Natural parecia, en vista del cruel escarmiento que acababa de sufrir el ejército de Lorencez, que tanto éste como el Gobierno de Napoleon III desistieran de sus proyectos en Méjico. La acojida benévola y entusiasta que se prometian en aquella República, se habia convertido en una actitud resuelta é imponente por parte de los mejicanos, para rechazar con todo el brío que les sugería su acendrado patriotismo, á un pueblo orgulloso y altanero, que en són de guerra, y despues de insultar con despreciativas é insolentes contestaciones la dignidad de los mejicanos, trataba aun de trasformar las costumbres é instituciones de esta raza, digna sin duda, como todas las razas del mundo, del respeto y consideracion de los demás pueblos. La falta de cumplimiento

en las promesas de aquellos cuantos traidores á la patria, que habian hecho soñar al César francés con la posesion pacífica de un nuevo y vastísimo imperio que realizára las doradas ilusiones de Luis Napoleon en América, debieron tambien haber influido en el ánimo del ambicioso monarca, y héchole desistir de un plan, que por más que le fuese halagüeño y seductor, era de todo punto irrealizable.

Pero no es así como los reyes de la índole y condiciones de Napoleon III miran los resultados de una derrota, sean cualesquiera las causas que la han ocasionado, y sean las que quieran las consecuencias que á la revancha sigan. El emperador francés habia visto que rechazaban los mejicanos de una manera digna y atrevida la intervencion de las armas francesas; habia visto asímismo que las ideas monárquicas eran repulsivas á la gran mayoría de los mejicanos; aca-· baba de tener una bien triste y elocuente prueba de haber sido engañado en las promesas que Almonte, el P. Miranda y algunos otros traidores á su patria le habian hecho sobre las aspiraciones y vehementísimos deseos de todos los mejicanos, de que la Francia fuera á redimirlos del yugo opresor con que el Gobierno de Juarez los tenía oprimidos, y preveia, en fin, la posibilidad de que se convirtieran sus doradas ilusiones en amargos y crueles desengaños.

Y no obstante, la honra, la dignidad de la Francia, decia Napoleon III, no podrán sufrir nunca una derrota causada por un pueblo inculto, pobre y miserable, sin que vuelvan despues las vencedoras águilas francesas á arrancar con sus encorvadas uñas las entrañas de tal pueblo.

Es verdad, pensaría el emperador francés, que con este acto arrojo por el suelo los sagrados principios del derecho de gentes; es verdad que Méjico acaba de hacer lo que todo pueblo digno, cuando un estraño se aproxima en són de guerra á sus puertas; es asímismo cierto que los mejicanos llevan á mal que otra nacion quiera inmiscuirse en sus asuntos interiores, y que rechazan la forma monárquica que yo les quiero imponer. Pero la Francia lo quiere así, y mal que á Méjico le pese, y mal que la Europa y el mundo entero vean en mis aspiracio-

nes una violacion completa de los principios y divinos derechos que todo pueblo tiene, mis legiones irán en número infinito á las aguas mejicanas, y recojerán á costa de la ruina y desventura de Méjico, los laureles que han perdido en aquella region del Nuevo Mundo.

CAPÍTULO IV.

Retirada de las tropas francesas sobre la ciudad de Orizaba.—Manifestaciones del Congreso y demás corporaciones mejicanas en contra de la intervencion francesa.—Llegada del general Donay á Veracruz.-Los franceses sorprenden durante la noche el campamento del general Ortega.-Batalla del cerro de Borrego.

se reon

Despues de la completa derrota que las armas francesas esperimentaron ante los muros de la ciudad de Puebla, el conde de Lorencez resolvió retirarse sobre Orizaba, en vista del inminente peligro que corrian sus tropas en las inmediaciones de aquella ciudad, y en vista tambien, como el mismo Lorencez decia, de «que no recibia del ejército del general mejicano Marquez, ni de ningun otro de los que se habian pronunciado por la intervencion francesa, mas que noticias evasivas y contradictorias sobre su proximidad y sobre su intencion de venir á reunírsele para ayudarle en su empresa.»

El 11 de Mayo salió con sus tropas de la aldea de Amozoc el general francés, habiéndole antes informado el general Lopez, que se le habia reunido con diez caballos, que Zuloaga en nombre de su partido habia hecho en la mañana del 5, dia en que el ejército francés se presentó delante de Puebla, un tratado con el Gobierno de Juarez, comprometiéndose á neutralizar el ejército del general Marquez durante la presencia de los

franceses delante de la ciudad.

Sin ser apénas molestadas las fuerzas de Lorencez, llegaron el 17 á Tecamalucan, en donde un oficial mejicano del ejército del general Marquez, les anunció que la caballería de este general, fuerte de 2.500 caballos, se dirijia á incorporarse al ejército francés; para conseguir lo cual, sería conveniente que un oficial francés acompañase hasta Orizaba al mejicano Lopez, en cuyo punto se avistarian con Almonte.

DESDE 1861 A 1867.

153

Poco despues de la partida de estos dos oficiales, regresaron ambos acompañados de Marquez á Tecamalucan, en donde este último expuso á Lorencez las razones que le habian impedido venir á auxiliarle en el combate de Puebla, asegurándole además, que al dia siguiente se le uniria su caballería, que á la sazon se encontraba á la distancia de pocos kilómetros de la citada aldea: y algunos momentos despues, el general Marquez con unos cuantos ginetes salió para Orizaba á conferenciar con el general Almonte.

Prosiguiendo su camino hácia Orizaba el general Lorencez, tuvo noticia al llegar á la aldea del Ingénio, que el general Zaragoza trataba de oponerse con su division á que la caballería de Marquez se incorporase al ejército francés, para lo cual avanzaba aquella division á marchas forzadas por las Cumbres de Acultzingo. El conde de Lorencez dió entónces órden al coronel L'Herillier para que hiciese sostener al general Marquez con algunos batallones, en el caso de que Zaragoza quisiera cortarle el paso. Y en efecto, uniéndose aquellos á la caballería de Marquez, en el momento en que se encontraba ésta á punto de ser cortada por las fuerzas del general Zaragoza, establecidas sobre una llanura que dominaba la union del camino de travesía de Tehuacan con el camino de Orizaba, lograron dispersar, despues de un reñido y sangriento combate, las tropas de Zaragoza, haciéndoles unos 800 prisioneros, y dejando en el campo unos 200 hombres entre muertos y heridos.

Fácil le fué ya al ejército francés replegarse á la ciudad de Orizaba, único punto en que pudiera aguardar, sin arriesgarse á una total y completa derrota, mayores fuerzas de la nacion francesa, toda vez que de los mejicanos no habia que esperar por entónces auxilio ni proteccion de ninguna clase á la causa de Napoleon III.

niicano del ciercito del

El Congreso de Méjico entretanto, concedia de nuevo al poder ejecutivo, las facultades omnímodas que hasta entónces venía ejerciendo para salvar la situacion, y daba por consiguiente, una prueba más de la confianza que le merecia el Gobierno de Juarez,

á la vez que aumentaba la respetabilidad y el prestigio de éste en el país.

Las poblaciones todas de la República mejicana, protestaban al mismo tiempo con toda energía contra la intervencion estranjera, y contra la nueva forma de Gobierno que por medio del traidor Almonte intentaban los franceses dar á la nacion, declarando que las actuales instituciones eran las más adecuadas á sus costumbres, y que sólo por ellas habia manifestado y continuaria manifestando el pueblo mejicano que queria ser gobernado.

Para averiguar lo que hubiera de cierto en las violentas censuras hechas por los representantes de Francia al Gobierno de Juarez, á causa del rumor que se habia esparcido sobre malos tratamientos de los súbditos franceses por parte de los mejicanos, el Supremo tribunal de Justicia de Jalisco, dispuso que se practicase una informacion de todos los súbditos franceses residentes en el Estado, con citacion de los cónsules, vicecónsules ó síndicos de los ayuntamientos en las municipalidades en que no existian aquellos representantes de la Francia, para poner en claro la verdad que hubiese sobre los atropellos de que se decia eran víctimas los súbditos del imperio, por qué autoridades ó funcionarios de la administracion pública se habian cometido, en qué épocas, si habian hecho reclamaciones, y si habian ó nó sido éstas atendidas.

La contestacion de los ciudadanos franceses no pudo ser más satisfactoria al buen nombre de las autoridades mejicanas. De los 72 residentes que segun el registro oficial existian en aquel Estado, sólo tres se negaron á contestar á la sencilla y franca pregunta que el tribunal les acababa de hacer, manifestando todos los demás, que ningunas tropelías habian sufrido por las autoridades de Méjico; que los que habian tenido que pedir justicia contra los ciudadanos del país ó de otras naciones, la habian recibido cumplida; que si habian sufrido en sus intereses y aun en sus personas algunos de ellos con ocasion de las guerras interiores, sus males habian sido ocasionados al par de los que habian soportado los mismos mejicanos, y sin culpa de las autoridades y jefes de la República; y por último, que si por razon de contribuciones ó por las consecuencias mismas de la guerra, tenian hechas algunas reclamaciones particulares, lo habian verificado por conducto de sus cónsules, y no encontraban motivo hasta entónces para asegurar que no se les hiciera justicia, puesto que estaban pendientes del fallo de los tribunales respectivos.

Esta manifestacion franca y espontánea de los súbditos franceses, fué la contestacion más elocuente á los falsos rumores que los traidores de Méjico habian hecho circular sobre malos tratamientos que aquellos sufrian por parte de las autoridades de la República, y puso de manifiesto lo infundado y gratuito del pretesto del Gobierno imperial para llevar adelante sus pensamientos belicosos contra la nacion mejicana.

El cabildo eclesiástico de Guadalajara, por otra parte, escitado por el mismo tribunal de Jalisco para que manifestára sus sentimientos, en vista de la guerra declarada á la República por los comisarios franceses, contestó dando una enérgica y digna protesta á la faz de todo el mundo contra la invasion estranjera, y contra la notoria injusticia de los atentados que tendian á privar de sus derechos imprescriptibles á la nacion, como soberana é independiente.

La diputacion permanente convocó á su vez el Congreso del Estado de Zacatecas, y se dictaron las medidas conducentes á conservar ilesas en el Estado las instituciones, el órden y la seguridad pública, así como para cooperar de la manera más eficaz á la defensa de la República contra la invasion estranjera. La ciudad de Veracruz protestó igualmente contra el acta que proclamaba jefe supremo ó escalon del archiduque Maximiliano al traidor Almonte, por más que algunos de aquellos honrados habitantes fuesen reducidos á prision. Así fué como las autoridades mejicanas, lo mismo que sus subordinados, se esforzaron en allegar todo género de recursos para rechazar á todo trance al ejército invasor, é impedir, por lo tanto, la realizacion de los injustos y ambiciosos planes de Napoleon III.

III.

Un manifiesto del Congreso de los Estados-Unidos mejicanos á la nacion, vino á la vez á

reanimar más y más el espíritu y entusiasmo de los habitantes de Méjico, que ardian en deseos de luchar cuerpo á cuerpo con las fuerzas invasoras. El citado Congreso, despues de hacer la historia de lo ocurrido en las conferencias de la Soledad y de Orizaba, y poner de manifiesto la conducta indigna que en ellas observaron los comisarios franceses, recordaba la violacion inícua de lo estipulado y confirmado por los mismos comisarios en la nota del 9 de Abril, por lo cual contrajeron el solemne compromiso de que sus fuerzas volverian á sus antiguas posiciones; y á propósito, decia con sobrada razon el manifiesto á que nos referimos, «que para los comisarios del Gobierno francés habia valido ménos el honor de las armas francesas, que las dificultades y los peligros de atacar las primeras posiciones fortificadas del ejército mejicano. Creyeron que la época de 1808 en España podia repetirse, aun con ménos disimulo, en un país lejano. La desgracia de una derrota puede repararse con una victoria; pero con nada se limpia una mancha tan grande en el honor. La misma Francia querrá dejarla sobre la frente de sus comisarios, y al saber su perfidia se llenará de indignacion.

El Congreso recordaba despues lo prontos que estuvieron siempre los mejicanos á lanzarse sobre todo el que intentára infrinjir la Constitucion, que á costa de tantos y tan grandes sacrificios habian logrado establecer en aquellos Estados, y en cuyo artículo 14 se leian estas consoladoras y victoriosas palabras: «Es la voluntad del pueblo mejicano constituirse en una República representativa, democrática, federal, compuesta de Estados libres y soberanos en todo lo concerniente á su régimen interior, pero unidos en una federacion establecida segun los principios de esta ley fundamental.»

Y aquel principio político habia sido, en efecto, la bandera de Méjico desde que por el heróico esfuerzo de sus hijos recobró su independencia, y la base del sistema de gobierno que habian defendido los mejicanos, y logrado consolidar con sus votos y con su sangre.

Condenando el Congreso la conducta del traidor Almonte, hacía notar con razon sobrada, que nada afectaba desconocer más la

voluntad de la gran mayoría de la nacion mejicana, para encubrir el principal objeto de la agresion, que era oprimir á la República, como primer paso para introducir en Méjico y en otros pueblos de América la influencia dominante de una política, que diese á una nacion superioridad sobre otras en las relaciones de estos pueblos con los demás. Para el mismo fin,—continuaba, se ha buscado un hijo desnaturalizado de Méjico, esperando que lograse alucinar á algunos de sus compatriotas hasta poder consumar su traicion. Se atropellan la justicia y los principios que respetan hoy todos los pueblos civilizados, deseando oprimir por la fuerza la voluntad nacional; pero se finje querer confiar los destinos de la República á un mejicano traidor, para que despues pueda él entregarla indefensa, al Gobierno que lo emplea como dócil y vil instrumento de su ambicion.

En el notable documento á que nos referimos, poníase siempre de manifiesto la conducta leal de los representantes de Inglaterra y España, y la rastrera é innoble de los ministros franceses. «Los dos primeros, que no llevaban á Méjico el propósito de introducir la anarquía, ni de alentar á los restos que quedaban de la fraccion, sino á procurar, á la vez que una reparacion de las quejas que sobre Méjico tenian sus respectivas naciones, el mayor bien y felicidad de los mejicanos, hicieron reembarcar á don Miguel Miramon tan luego como se hubo presentado en el Golfo mejicano; mientras que los ministros del emperador francés traian consigo á D. Juan Almonte, para que bajo su amparo pudiese enviar desde Veracruz á los oficiales del ejército de la República planes revolucionarios, y para que, aun sin la habilidad del disimulo, esos mismos planes, ya antes descubiertos y publicados, se proclamáran despues en Orizaba bajo las bayonetas francesas, pagando á algunos menesterosos para que los firmasen, y atreviéndose à poner las firmas de algunas personas dignas, que á pesar de la misma presion de las bayonetas francesas, las habian declarado suplantadas.

El Gobierno de la República llegó, sin embargo, hasta el último grado de moderacion, pidiendo únicamente que D. Juan Al-

monte fuese reembarcado, sin usar del perfecto derecho que tenía para reclamar su entrega, por estar en una ciudad del territorio mejicano que aun no habia ocupado por la fuerza el ejército francés, sino en la que sólo se le habian dado los cuarteles que solicitó por motivos de salubridad. Y á pesar de esto, los comisarios de Luis Napoleon rehusaron alejar á su protejido Almonte, con el fútil pretesto de que la Francia habia ya amparado bajo su pabellon á muchos proscritos, sin dar el ejemplo de abandonar á ninguno. ¡Como si en lugar de amparar á un criminal dentro de su territorio, tuviese la Francia el derecho de llevarlo y auxiliarlo con sus armas para que hiciese traicion á su natria!

Otra acusacion tan fundada como justa dirijia el Congreso mejicano á los ministros franceses, á consecuencia de haberse negado éstos á ocupar con sus tropas los puntos que, segun los preliminares de la Soledad, ofrecieron tomar bajo su palabra y su firma, y bajo la palabra y firma tambien de los comisarios de Inglaterra y España. «En nada, -decia el Congreso,-se han detenido los representantes del imperio; ni por el interés de su propia honra, ni por el buen nombre de su nacion. Suscribieron los preliminares de la Soledad con el único intento de comprar algunas ventajas de mala ley, al precio del honor de sus propias firmas, que eran las firmas de los representantes del Gobierno francés.

Para obtener cuarteles en lugares sanos, y librarse de toda hostilidad mientras les llegaban otras fuerzas y recursos, reconocieron en los preliminares la legitimidad del Gobierno de la República, confesaron que estaba apoyado en la voluntad nacional, y ofrecieron abrir con él negociaciones el dia 15 de Abril; pero apénas recibieron sus refuerzos, cuando impacientes por sacar el fruto de su deslealtad, sin esperar el dia señalado, declararon el 9 de Abril que venian á derribar al Gobierno establecido porque se apoyaba en una minoría opresora, contra la voluntad de la mayoría de los mejicanos.

Finjieron que consentian en la devolucion de la aduana de Veracruz al Gobierno de Méjico, para que permitiese que el comercio enviára los carros y los medios de trasporte de que carecia el ejército francés; pero cuando llegaron éstos y pudieron retenerlos, impidieron que la aduana fuese devuelta.

Se obligaron á que no teniendo buen éxito las negociaciones, volverian sus fuerzas á los puntos que antes ocupaban; pero en lugar de cumplir tan solemne compromiso, prefirieron dar á Méjico y al mundo el derecho de decir, que por evitar los peligros del combate habian querido salvar, por medio de una felonía, las primeras posiciones fortificadas del ejército mejicano.

»Vieron, en fin, que el Gobierno de Méjico habia retirado algunas de sus fuerzas, descansando en la fé de los preliminares, y esto decidió á los comisarios á romper sus compromisos antes del plazo señalado en aquellos. De ese modo creyeron llegar fácilmente al centro de la República.»

Así inculpaba el Congreso mejicano á los representantes de Napoleon III, sin que éstos diesen otra contestacion á aquellas graves y fundadas acusaciones, que el Gobierno de la Francia así lo queria, y que el honor y grandeza de esta nacion se creerian humillados con sólo el hecho de entablar negociaciones con el Gobierno de Juarez.

IV.

Las tropas francesas continuaban entretanto en Veracruz y Orizaba, dispuestas á no salir de aquellas posiciones mientras no llegasen mayores fuerzas ó nuevas instrucciones del Gobierno imperial. El general Almonte seguia igualmente en Veracruz actuando como presidente provisional, y esperando con gran ansiedad nuevos refuerzos de la Francia, sin-los cuales no solamente estaban obligados á no moverse de Veracruz, sino que esperaban un ataque de los mejicanos que acabaria por completo con las escasas fuerzas que habian librado de la sangrienta batalla de Puebla.

Por este tiempo llegó á Veracruz el general Donay, enviado por el Gobierno francés con 500 hombres y un convoy de 45 carros para el ejército espedicionario, entretanto que mayores fuerzas y mayores auxilios se organizaban con el mismo objeto.

Al dia siguiente (11 de Junio) de su lle-

gada á Veracruz, salió el general Donay para encargarse del mando de las tropas acantonadas en Córdoba, casi al mismo tiempo que ocurria un incidente desagradable á las fuerzas de Francia. Un convoy de 250 carros con víveres para treinta y cinco dias, habia salido de Veracruz en direccion á Orizaba, escoltado por voluntarios mejicanos. Cuando apénas habia llegado á Chiquihuite, fué alcanzado por las guerrillas de Carvajal, que constantemente interrumpian con sus escursiones la comunicacion entre Orizaba y Veracruz. Esta guerrilla dirijió todos sus esfuerzos contra el centro del convoy que trataba de cortar; y no siéndole posible conseguir su intento, atacó la retaguardia del convoy y rompió á hachazos las ruedas de los últimos carros en número de veinte, todos los cuales quedaron en su poder, con gran perjuicio del ejército invasor, que tenía que luchar con mil entorpecimientos y penalidades para suministrarse los víveres necesarios.

La situacion de los franceses hacíase con esto harto crítica y desesperada. Habian ido á Méjico con una cortísima cantidad de dinero, llevando en cambio bonos contra el Tesoro francés; pero como las plazas de Orizaba y Veracruz, incomunicadas con el resto del país, no contaban con fondos, habia resultado que el cambio se hacía en muy pequeña escala.

Para remediar en parte semejantes males, se habia querido hacer caer esta penuria sobre los españoles de Orizaba, á quienes Almonte trató de obligar á que diesen dinero en cambio de los mencionados billetes; y hubiera seguramente llevado á cabo su arbitrario proceder el aspirante á la presidencia de la República, sin la oposicion que á tan absurda medida mostró el general Lorencez.

Esto no obstante, el cónsul español Sota, que protestó enérgicamente desde el principio contra aquella exijencia, fué con algunos otros desterrado por órden del que á sí mismo se titulaba presidente de Méjico, y que como tal, habia formado un simulacro de Gobierno, nombrando tres subsecretarios para el despacho de los diversos ministerios, y decretado la emision de 500.000 duros de papel-moneda, proyecto por demás disparatado é irrealizable.